

SOR JUANA INES DE LA CRUZ *

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA



EN estas lecciones no voy, en general, a emprender la apreciación total del escritor de que trate, porque supongo que es ya conocido. Todos conocemos a Ruíz de Alarcón, por ejemplo, y sabemos el valor que hay que atribuirle. No me ocuparé tanto de la valoración literaria como de otros aspectos poco estudiados de los escritores que dan asunto a este curso.

Para Sor Juana Inés de la Cruz, comenzaré con breves indicaciones bibliográficas, a fin de que todo el que desee estudiarla tenga medios de hacerlo.

Desde luego, las ediciones: en vida de Sor Juana se publicaron sueltas unas cuantas producciones suyas y luego dos tomos de obras, que contienen casi exclusivamente versos; después de su muerte un tercer tomo con obras en prosa y en verso (indicaré de paso que Sor Juana interesa mucho como escritora en prosa). Los tres tomos se reimprimieron varias veces

(*) Este importante trabajo crítico—biográfico de don Pedro Henríquez Ureña, corresponde al tomo VI de sus Obras Completas, actualmente en prensa en los talleres gráficos de la UNPHU.

en los primeros años del siglo XVIII; las reimpressiones llegan hasta 1725, y cesan ahí bruscamente. Eso es explicable: entonces se iniciaba, aunque despacio, un cambio de gustos, y Sor Juana desaparece de la circulación editorial; sin embargo, no desaparece de la circulación en las librerías, y se ve que las ediciones fueron tan copiosas, para aquella época, que muchas de ellas han sobrevivido en gran número de ejemplares. México, por ejemplo, está inundado de viejas ediciones, que no fueron impresas allí; sólo se imprimieron en el país los "Villancicos", el "Divino Narciso", el "Neptuno alegórico", los "Ejercicios de la Encarnación", los "ofrecimientos de los Dolores", la "Carta atenagórica" y la "Carta a Sor Filotea", pero nunca los tomos de obras que hoy tenemos que aceptar como completas.

Estos tres tomos no contienen la obra total de Sor Juana: sabemos por sus contemporáneos que escribió mucho más; ella nunca concedió suficiente atención a la impresión de sus obras literarias y las dejaba perder. Como no las publicó, se ocuparon en hacerlo otras personas, si bien ella admitió, por lo menos, indicar erratas que debían corregirse.

Después de 1725 no se han reimpresso nunca las obras completas de Sor Juana. En el siglo XIX se hicieron tres ediciones selectas; una buena, en Quito, bajo el cuidado de Juan León Mera; otra en Madrid, fácil de encontrar, que lleva prólogo de Antonio Elías de Molins y es escandalosa por las erratas; una mediana de París, de la casa Donnamette. Además existe la colección de Menéndez Pelayo, en su "Antología de poetas hispanoamericanos", y una comedia de Sor Juana figura en la Biblioteca de Autores Españoles (Rivadeneira).

En el siglo XX se despierta en México gran interés por la obra y la personalidad de Sor Juana; se han comenzado a hacer excelentes ediciones críticas: tales son las dos de "Poesías", —siempre en selección, por desgracia, y no obras completas, —hechas por Manuel Toussaint, y luego, ya en revistas, ya en folletos, las ediciones de Emilio Abreu Gómez, quien ha publicado el poema "Primero sueño", la "Crisis de un sermón" o "Carta atenagórica," y la "Carta a Sor Filotea de la Cruz" (el "Sueño" es la obra más oscura entre las de Sor Juana). Es

probable que los manuscritos de las obras publicadas estén en el monasterio del Escorial, donde parece que los dejó el P. Castorena; deberían estudiarse, sobre todo si son autógrafos.

Los juicios y los datos biográficos sobre Sor Juana se reducen a poca cosa. Contemporáneos de ella hay dos escritores que nos dan informes escasos, pero que son los principales que poseemos: el padre Diego Calleja y el padre Juan Ignacio de Castorena; sus trabajos aparecen en el tercer tomo de la obra de Sor Juana.

Después pasa todo el siglo XVIII y gran parte del siglo XIX sin que se haga nada serio; al contrario, la parte final del siglo XVIII y gran parte del XIX son períodos en que domina la opinión de que cuanto tenga relación con Góngora es malo y extravagante; como a Sor Juana se le consideraba su discípula, quedaba olvidada y condenada con el culteranismo gongorino.

Solamente en México se hicieron algunos esfuerzos patrióticos para vencer el prejuicio contra el gongorismo: hay un breve trabajo de un extraordinario escritor, desconocido fuera de México, Ignacio Ramírez, que usó el seudónimo de "El Nigromante"; además, un estudio concienzudo de José María Vigil, el traductor de Persio, y una que otra página más, en la que se concedía valor a Sor Juana. Pero esto no trascendía fuera de México y sólo por excepción podemos citar el interés que se tuvo por su obra en el Ecuador (Mera); también podríamos mencionar en la Argentina a Juan María Gutiérrez, el hombre que supo todo lo que podía saberse de la literatura colonial de América.

Salvo estos juicios, no vuelve a justipreciarse el valor de Sor Juana hasta Menéndez Pelayo, su *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893): el juicio de este crítico no es muy extenso, pero excelente. Menéndez Pelayo no logra librarse totalmente de prejuicios al hablar del culteranismo, sobre todo en los imitadores de Góngora, pero hace justicia a Sor Juana, a quien considera el mayor poeta español de la segunda mitad del siglo XVII, el mejor poeta de los tiempos de Carlos II.

En el siglo XX, el interés renace en México, con Amado Nervo, quien publicó en 1910 un libro sobre Sor Juana, "Juana

de Asbaje" (este título usa el apellido paterno de Sor Juana; pero en los siglos XVI y XVII la distribución de los apellidos españoles era caprichosa, o bien obedecía a reglas que no son las actuales; así, era muy común que el primer hijo llevase el apellido del padre y el segundo el de la madre; la mujer casi siempre llevaba el apellido materno, y Sor Juana probablemente se llamó en el mundo "Juana Ramírez": su madre se apellidaba "Ramírez de Santillana"; por error se le llama "de Cantillana").

La investigadora norteamericana Dorothy Schons ha agregado datos a la biografía de Sor Juana, y ha hecho una bibliografía de juicios y estudios sobre ella; sigue estudiándola, y de cuando en cuando publica datos nuevos.

Existen también los trabajos de Manuel Toussaint, de base muy sólida, y los valiosos de Ermilo Abreu Gómez, ediciones o estudios, uno de ellos sobre la función de la mitología en las obras de la poetisa; sabido es que la mitología tuvo mucho papel en la poesía culterana. Hay una conferencia de la poetisa uruguaya Luisa Luisi y un estudio del argentino Héctor Ripa Alberdi, en quien se malogró un buen prosador y un conato de americanista sagaz.

Ahora promete un extenso estudio el psicólogo mexicano Ezequiel A. Chávez.

¿En qué consiste la obra de Sor Juana? Ante todo, dos comedias, y esto es importante: una monja que escribe "Comedias de capa y espada"; en realidad escribió una sola, "Los empeños de una casa": el título nos indica que estamos en el reinado de Calderón, quien tiene una comedia de título parecido, "Los empeños de un acaso"; la otra comedia, "Amor es más laberinto", es la elaboración de un tema mitológico, aunque los personajes se vistan con capa y espada, pero esta obra no es toda de Sor Juana, pues el segundo acto que tenemos es de otro ingenio, muy inferior a ella: el bachiller Juan de Guevara. Tenemos además tres autos sacramentales: "El Divino Narciso", "San Hermenegildo" y "El cetro de José": los autos

sacramentales, cuyo principal cultivador fue Calderón, nos recuerdan también su proximidad.

Otras obras nos mantienen dentro de los límites de la literatura dramática: los "Villancicos", tipo que Carolina Michaelis ha llamado "especie de opereta sacra". Hay, todavía, "loas y letras", dialogadas o cantadas a varias voces; ejemplo: "Letras para la profesión de una religiosa."

Como poesía lírica, gran número de composiciones en forma de sonetos, de romances, de redondillas y de silvas; hay un ensayo de metro raro: unos decasílabos, "Lámina sirva el cielo el retrato...", que en vez de ser los usuales de tipo anapéstico, como los de muchos himnos nacionales de América, están compuestos de una palabra esdrújula seguida de dos pies trisílabos terminados en acento: al final va una sílaba suplementaria, como es de uso, después del acento que llamamos final, en el verso castellano. Recientemente ha "resucitado" esta composición Gerardo Diego, reproduciéndola en su Antología en honor de Góngora (Madrid, 1927). La imitación Agustín de Salazar, uno de esos poetas que tenían un pie en cada continente, pues nació en España, se educó en México y luego repartió su vida entre ambos países; fue en cierto modo discípulo de Sor Juana.

En prosa, las dos "cartas", y unas pocas obras sobre temas religiosos: "Ofrecimientos para el rosario"... "de los Dolores de... María"; "Ejercicio... para... la Encarnación del Hijo de Dios"; la "Protesta de la fe". "El Neptuno alegórico", en que se describe el recibimiento del virrey Conde de Paredes, tiene partes en verso y partes en prosa.

Entre las obras perdidas, nos resultan muy interesantes las "Súmulas". Una "suma", en la Edad Media, era un tratado de nociones filosóficas o teológicas; un tratado más breve era una súpula. No se nos dice de qué eran las "Súmulas" de Sor Juana: supongo que serían filosóficas o teológicas; tampoco se nos dice cuántas eran. Se perdió, además, un Tratado de Música, en el que, según se dice, se habían reducido a formas muy simples y claras las enseñanzas del arte; dice el Padre Calleja: "Pareciéndola que las ciencias que había empleado no podían

ser de provecho a su religiosa familia, donde se profesa con esmero tan edificativo el arte de la música, por agradecer a sus carísimas Hermanas el hospedaje cariñoso que todas la hicieron, estudió el arte muy de propósito, y le alcanzó con tal felicidad, que compuso otro nuevo y más fácil, en que se llega a su perfecto uso sin los rodeos del antiguo método: obra, de los que esto entienden tan alabada, que bastaba ella sola, dicen, para hazerla famosa en el mundo”.

Sor Juana vivió solamente en México; no así Alarcón, que era un ingenio de dos mundos, o Bernardo de Valbuena, o Agustín de Salazar. Pero, si Sor Juana vivió sólo en México, tuvo fama fuera de México, dondequiera que se hablara español: precisamente, el tomo tercero de sus obras lleva una extensa “fama póstuma”, donde aparecen gran número de versos escritos por poetas españoles, tales como Monforte, Cañizares, el Conde de Torrepalma, el Duque de Sessa, y poetas de la América del Sur, principalmente de Lima. En muchos escritores españoles de fines del siglo XVII o del XVIII se encuentran referencias a Sor Juana; por ejemplo, en el “Teatro crítico” del Padre Feijoo; pero Sor Juana vivió en México y era muy mexicana. Aquella persistencia particular que caracteriza a México, y que observábamos en Alarcón, es muy característica de ella, que nos da precisamente la fórmula de esta persistencia:

*Si de mis mayores gustos
mis disgustos han nacido,
gustos al cielo le pido,
aunque me cuesten disgustos.*

Y es curioso que temas semejantes sean comunes en México, como lo demuestran estos dos cantares del pueblo:

*Me he de comer un durazno
desde la raíz hasta el hueso;
no importa que sea trigueño,
será mi gusto, y por eso.*

El otro se caracteriza por usar “más que”, equivalente a “aunque”:

*Más que me revuelque un toro,
más que me caiga y me raspe,
más que me suceda todo;
siendo por mi gusto, más que.*

El tipo de literatura de Sor Juana encaja estrictamente dentro del siglo XVII, salvo excepciones como la “Carta a Sor Filotea”, que tiene gran valor de sinceridad y de llaneza, poco común en aquellos tiempos; otra excepción es la de aquellos versos, los que precisamente la han hecho más célebre, las redondillas en defensa de la mujer, que empiezan:

*Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón...*

Aún hoy, esta rara composición se oye en boca de las recitadoras profesionales, una de las cuales suprime el final, no sé por qué.

El estilo de Sor Juana es una síntesis de los estilos de su tiempo. Hay tres corrientes estilísticas en el siglo XVII: la culterana, representada por Góngora y su escuela, y, fuera del gongorismo, por Luis Carrillo Sotomayor, por Francisco de Rioja, por Bernardo de Valbuena, por los grupos de Antequera y de Granada que representan las “Flores de poetas ilustres” reunidas por Pedro Espinosa; el conceptismo, cuyo representante máximo es Quevedo, y el estilo fácil, cuyo mejor ejemplo puede observarse en Lope.

El estilo fácil oscila entre dos escollos: el prosaísmo y el ripio, la colección de imágenes clisés, en que el cabello es siempre oro y la aurora siempre riega lágrimas.

Estos tres estilos se encuentran reunidos en Sor Juana: aún más, puede asegurarse que el que menos se da en ella es el culterano. Sor Juana era ante todo intelectual: la facultad predominante en ella no era la facultad de creación poética sino

la inteligencia como razón, como facultad de entender y juzgar; de modo que, naturalmente, tendía al sistema que trabaja, o quiere trabajar, con ideas, antes que al estilo que trabaja las imágenes, tendencia espontánea en el poeta que es, ante todas las cosas, poeta. O bien cede al estilo fácil.

El tema de la poesía que ha dado fama a Sor Juana, "Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón", no está estrictamente aislado en su tiempo, aunque es raro. Hay un antecedente curioso, y muy cercano, en la comedia de Alarcón "Todo es ventura", en el pasaje que comienza:

*No reina en mi corazón
otra cosa que mujer...*

Es curioso que ésto aparezca en Alarcón, generalmente amargo contra las mujeres, como hombre de escasa suerte en el amor; pero Alarcón era también, como Sor Juana, una inteligencia discursiva, que lo llevó a comprender la situación de las mujeres; aparte de las faltas propiamente femeninas, consideraba que había otras en la mujer cuya culpa tocaba al hombre, por ser él quien la dominaba y le imponía sus deseos. En la literatura española hay elogios aislados de la mujer, cuya fuente está en Italia; es tópico del Renacimiento italiano el elogio de la mujer, que se puede enlazar hacia atrás con la exaltación de la "donna angelicata" en Dante y Petrarca, y a través de ellos con los trovadores provenzales. Pero desde el siglo XV se piensa en la mujer que debe alternar con el hombre en la cultura: eso, el Renacimiento italiano lo expone como teoría y lo practica; en realidad, el Renacimiento italiano anuncia la actitud moderna sobre la situación de la mujer en la sociedad. De haberse desarrollado normalmente esa actitud, habríamos llegado, al final del siglo XVI, a la situación que encontramos a fines del siglo XIX: la igualdad de la mujer con el hombre en derechos y en cultura. Este desarrollo lo impidió la Contra-reforma católica: se volvió a considerar que la mujer debía permanecer sujeta, obediente y limitada; así reaparece el concepto de que la mujer debe carecer de cultura, sin siquiera

saber leer ni escribir. Eso fue lo normal en la España de los siglos XVII y XVIII; eso, naturalmente, se reproduce en América. Una defensa como la que hace Sor Juana de la mujer resultaba extraordinaria en la época de Carlos II, y ha conservado su actualidad.

La "Carta a Sor Filotea" se une a las redondillas para demostrarnos que éstas no fueron ocurrencia pasajera, sino resultado de tendencias fundamentales de Sor Juana. Se ha llegado a decir que Sor Juana, de haber nacido a fines del siglo XIX, habría sido feminista y hasta sufragista.

Sufragista o no, Sor Juana habría sido una mujer de gran actividad pública. Pero, si habría sido capaz de llegar al sufragismo en el siglo XX, ¿por qué eligió en el XVII el convento, que parece ser el polo opuesto? El caso es explicable: en el siglo XVII el convento no era precisamente el camino opuesto a la actividad pública; el camino opuesto era el matrimonio, que obligaba a la mujer a recluírse en las atenciones de una familia generalmente numerosa y de una casa que era un taller de trabajos muy variados. El convento es el camino que eligió Santa Teresa, de quien sabemos que desarrolló gran actividad, cosa que el matrimonio no le hubiera permitido, así como sus viajes frecuentes, por lo que se la llamó "Fémina inquieta y andariega": iba de ciudad en ciudad fundando conventos.

Sor Juana es ante todo una inteligencia razonadora, pero, naturalmente, no quiero decir que le faltara la facultad de creación poética. Surge aquí otro problema: ¿por qué, si en ella predominaba la inteligencia razonadora, usó la forma poética, que no es su expresión adecuada? Por razones de ambiente.

Durante la época colonial y todavía durante el siglo XIX, en la América española, —y aun ahora en buena parte de ella, —cuando un joven demuestra talento, a todos sus conocidos se les ocurre que debe hacer versos: la prosa no ha gozado de prestigio. Las artes o las ciencias se veían como posibilidades remotas: además, unas y otras requieren trabajo asiduo, cosa nada cómoda para la pereza criolla; mientras el verso sólo pide pluma y papel.

Examinemos el ambiente colonial de las ciudades cultas de América, en las primeras ciudades que tuvieron universidad: Santo Domingo, México, Lima, Córdoba, Quito, Charcas. ¿Qué se podía escribir en ellas? Se podían escribir obras religiosas, historia y versos; las novelas estaban prohibidas: no se podía imprimir ninguna. Nuestro hábito del contrabando no llegó hasta la violación de esta ley; sólo se lograba que las novelas impresas en España entraran de contrabando, pero se habría descubierto fácilmente la novela impresa en América. El teatro, como diversión pública estable, se desarrolla sólo en México o en Lima. La variedad de actividades literarias era, pues, escasa.

“A la verdad, yo nunca he escrito sino violentada y forzada, y sólo por dar gusto a otros, no sólo sin complacencia, sino con positiva repugnancia (*esta declaración nos trae a la memoria las de Santa Teresa*), porque nunca he juzgado de mí que tenga el caudal de letras e ingenio que pide la obligación de quien escribe; y así es la ordinaria respuesta a los que me instan (y más si es assumpto sagrado): ¿qué entendimiento tengo yo? ¿qué estudio? ¿qué materiales ni qué noticias para eso, sino cuatro bachillerías superficiales? Dexen eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de dezir alguna proposición malsonante o torcer la genuina inteligencia de algún lugar. Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar, que fuera en mí desmedida soberbia, sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos. Assí lo respondo y assí lo siento.

El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena, que les pudiera dezir con verdad: Vos me coegistis. Lo que sí es verdad, que no negaré (lo uno porque es notorio a todos y lo otro, porque, aunque sea contra mí, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad), que desde que me rayó la primera luz de la razón fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprehensiones (que he tenido muchas) ni propias reflexas (que he hecho no pocas) han bastado a que dexe de seguir este natural impulso que Dios puso en mí: Su Majestad sabe por qué y para qué, y sabe que le he pedido que apague la luz de

entendimiento, dexando sólo lo que baste para guardar su ley, pues lo demás sobra (según algunos) en una mujer, y aun hay quien diga que daña. Sabe también Su Majestad que, no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento y sacrificárselo sólo a quien me lo dió, y que no otro motivo me entró en la religión, no obstante que al desembarazo y quietud que pedía mi estudiosa intención eran repugnantes los ejercicios y compañía de una comunidad; y después en ella, sabe el Señor, y lo sabe en el mundo quien sólo lo debió saber, lo que intenté en orden a esconder mi nombre, y que no me lo permitió, diciendo que era tentación: y sí sería...

“No había cumplido los tres años de mi edad, cuando, enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman “amigas”, me llevó a mí tras ella el cariño y la travessura (1); y viendo que le daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra le dixé que mi madre ordenaba me diese lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero, por complacer al donaire, me la dió. Proseguí yo en ir, y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia, y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto: y yo lo callé, creyendo que me azotarían, por haberlo hecho sin orden. Aun vive la que me enseñó, Dios la guarde, y puede testificarlo. Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí dezier que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños.

“Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprehenden las mujeres, oí dezier que había universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias en México; y apenas lo oí, cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a México (*Sor Juana había nacido, y vivió sus*

primeros años, en la alquería de San Miguel de Nepantla, entre los dos volcanes nevados del centro de México, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl), en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hazer (y hizo muy bien), pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastassen castigos ni reprehensiones a estorbarlo: de manera que cuando vine a México se admiraban, no tanto del ingenio, quanto de la memoria y noticias que tenía, en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprehender a hablar.

“Empezé a deprehender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo assí que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes e imponiéndome ley de que si cuando volviesse a crecer hasta allí no sabía tal o tal cosa que me había propuesto deprehender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar, en pena de la rudeza. Sucedió assí que él crecía, y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprieta y yo aprehendía despacio, y con efecto le cortaba, en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estoviesse vestida de cabellos cabeça que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno”.

El P. Calleja confirma los recuerdos de Sor Juana y agrega:

“En dos años aprendió a leer, y escribir, contar, y todas las menudencias curiosas de labor blanca: éstas, con tal esmero, que hubieran sido su heredad si hubiera habido menester que fuesen su tarea. La primera luz que rayó de su ingenio fue hacia los versos españoles, y era muy racional admiración de cuantos la trataron en aquella edad tierna ver la facilidad con que salían a su boca o su pluma los consonantes y los números...”

“No llegaba a los ocho años la Madre Juana Inés, cuando, por que le ofrecieron por premio un libro, riqueza de que tuvo siempre sedienta codicia, compuso para una fiesta del Santísimo Sacramento una “Loa” con las calidades que requiere un cabal poema: testigo es el muy R.P.M. Fr. Francisco Muñiz, dominicano, vicario entonces del pueblo de Amecameca,

que está cuatro leguas de la casería en que nació la Madre Juana Inés...”

Hay otros problemas interesantes: uno, el de los versos de amor de Sor Juana. Uno de los eruditos más extravagantes del siglo XIX, Adolfo de Castro, el que compuso “El buscapié” y lo atribuyó a Cervantes, forjó una novela sobre esos versos de amor: según él, Sor Juana, antes de entrar al claustro, estuvo enamorada del virrey Marqués de Mancera. La suposición no tiene apoyo en ningún dato. Es cierto que Sor Juana figuró en la corte virreinal: sus padres, que eran de familia estimada, aunque probablemente no ricos, obtuvieron influencia para que Juana entrase en el palacio como dama de la virreina. Su familia conocía, dice el P. Calleja, “el riesgo que podía correr de desgraciada por discreta, y, con desgracia no menor, de perseguida por hermosa: aseguraron ambos extremos de una vez y la introdujeron en el Palacio..., donde entraba con título de muy querida de la señora Virreina... No se hará sin hipéboles verosímil cuánto cariño... le cobraron sus Excelencias, viéndola que acertaba, como por uso, en cuanto, sin mandárselo, obedecía. La señora Virreina no parece que podía vivir un instante sin su Juana Inés...”

Juana Inés tuvo por la virreina amistad apasionada; y le dedicó gran número de poesías, dándole el nombre de “Laura” (2); le dedicó —con un soneto— el primer tomo de conjunto de sus obras, e hizo versos a su muerte. Al virrey le dedicó también algunos, pero con sabor de pura cortesía y afecto respetuoso.

Pero el verdadero problema es otro: ¿cuándo, y por qué, escribió Juana Inés sus versos de amor? Si son sinceros, y representan amor real, ¿los escribiría antes de entrar al claustro? Juana Inés trató de hacerse monja antes de cumplir los diez y seis años; entró de novicia, y abandonó el claustro temiendo no adaptarse del todo a las obligaciones de la vida de convento; por fin, entró definitivamente de monja antes de cumplir diez y ocho años. ¿Pudo escribir esos versos a los quince? Sería asombroso. ¿Pudo escribirlos a los diez y seis o diez y siete?

Todavía puede parecer asombroso, porque hay poesías

admirables, como el soneto "Deténte, sombra de mi bien esquivo..." y las dos composiciones en liras; además, sería extraño que entre dos intentos para profesar como religiosa se escribiesen tales versos. ¿Los escribiría en el claustro? Entonces serían meros ejercicios retóricos, y lo que asombre será la perfecta imitación del sentimiento genuino.

De cualquier modo ¡extraño ejercicio literario para una monja! Las ediciones de sus obras tienden a darnos la impresión de que sean meros juegos de retórica, mediante los títulos explicativos que ponen a las poesías: títulos pueriles, y a veces equivocados, —una de las composiciones en liras dice representar los sentimientos de una esposa; el soneto "Deténte, sombra..." dice ser "fantasía contenta con un amor decente"; así otros.

El problema resulta insoluble, por falta de fechas y datos. Las costumbres permitían a una monja, todavía en el siglo XVII, actividades que ni el XIX ni el XX le permitirían.

El que sean meros ejercicios retóricos aquellos versos resultaría literariamente explicable: buena parte de la obra de Sor Juana tiene ese carácter de ejercicio. Ejemplo, aquel soneto:

*Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata,
maltrato a quien mi amor busca constante.*

Desde luego se advierte que esto es mera retórica: es un soneto conceptista, hecho con la fácil técnica de las antítesis.

*Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata
y mato al que me quiere ver triunfante.*

*Si a éste pago, padece mi deseo,
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.*

*Pero yo por mejor partido escojo,
de quien no quiero, ser violento empleo,
que, de quien no me quiere, vil despojo.*

Este ejercicio termina, sin embargo, con una actitud personal, un indudable rasgo de carácter de Sor Juana, que declara elegir aquello que satisface más su amor propio y su orgullo; no se trata aquí de la cuestión amorosa: se trata del orgullo personal. Habiendo comenzado un ejercicio retórico sobre tema de amor, le da un final que revela mucho su carácter. Pero no siempre igual resultado: bastaría, para comprobarlo, el otro soneto sobre el mismo tema:

*Que no me quiere Fabio al verse amado,
es dolor sin igual, en mi sentido;
mas que me quiera Silvio aborrecido
es menos mal, mas no menor enfado.*

*¿Qué sufrimiento no estará cansado
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdichado?*

*Si de Silvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida;
si déste busco el agradecimiento,
a mí me busca el otro agradecida;
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.*

Aunque el problema resulte insoluble, vale la pena despejar algunos de sus elementos: un estudioso me decía hoy que toda esta poesía "cultá" del siglo XVII, especialmente la culterana y la conceptista, da impresión de artificio, vista desde nuestro tiempo, irritado de sinceridad romántica, de desnudez realista y de franqueza superrealista; toda parece, a la distancia, ejercicio retórico. No parece natural que quien siente un amor se ponga a expresarlo en forma conceptista o culterana; pero la verdad es que todos nos expresamos dentro de formas que son las usuales

en nuestro tiempo (a menos que introduzcamos novedad, cosa que a Sor Juana no parece haberle preocupado grandemente), y, a menos que las formas de expresión sean tan artificiosas que impidan toda sinceridad, nuestro sentimiento entrará en ellas. La forma poética de Sor Juana, a pesar de sus artificios, no llega a impedir la expresión de las emociones. Así, las poesías que dedica a su amiga y protectora la Marquesa de Mancera están en la forma usual de la época, pero sabemos que representan sentimientos reales: así, el soneto en que le habla de la enfermedad que ha padecido y de que ha sanado, no es más que un juego de conceptos sobre la muerte y la causa de que la deje vivir: la muerte no puede enseñorearse en ella, porque su señora es Laura; por eso termina con este rasgo fino:

Y dejóme morir sólo por tí.

Si hay obra en Sor Juana que demuestre intento retórico, es su comedia "Los empeños de una casa", ejercicio de técnica calderoniana: hay dos damas y tres galanes, el galán "a" hace la corte a la dama A y a la dama B; el galán "b" y el galán "c" hacen la corte a la dama B.

El problema es resolver por quiénes se decidirán estas damas; hay una que está dudando entre los galanes, y para colmo hay hasta una escena de confusión en que se produce una relación ficticia entre una dama y un galán que no se conocen. A pesar de tanto artificio, hay en la comedia rasgos autobiográficos: una de las damas tiene muchos de los caracteres de Sor Juana, y es ella la que se lleva el mejor premio, el mejor galán.

Sor Juana tiene, entre los catorce y los dieciocho años de edad, vida tan agitada, física y espiritualmente, que cuesta trabajo imaginarlo en mujer tan joven. Sabemos que desde pequeña tuvo interés en estudiar, que a la edad de ocho años fue llevada a México a vivir con uno de sus abuelos, donde comenzó

a leer muchos libros, que sólo en veinte lecciones aprendió los rudimentos del latín y que después adquirió los más variados conocimientos por esfuerzo propio. Dice el P. Calleja: “Volaba la fama la habilidad tan nunca vista en tan pocos años; y al paso que crecía la edad, se aumentaban en ella la discreción con los cuidados de su estudio.

“Aquí referiré con certitud no disputable (tanta fe se debe al testigo) un suceso, que sin igual apoyo le callara... El Señor Marqués de Mancera, que hoy vive, —y viva por muchos años, que frase es de favorecido, —me ha contado dos veces que, estando con no vulgar admiración (era de Su Excelencia) de ver en Juana Inés tanta variedad de noticias, las escolásticas tan (al parecer) puntuales, y bien fundadas las demás, quiso desengañarse de una vez, y saber si era sabiduría tan admirable, o infusa, o adquirida, o artificio, o no natural, y juntó un día en su palacio cuantos hombres profesaban letras en la Universidad y ciudad de México: el número de todos llegaría a cuarenta, y en las profesiones eran varios, como teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas, y no pocos de los que, por alusivo gracejo, llamamos tertulios, que, sin haber cursado por destino las facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación suelen hacer, no en vano, muy buen juicio de todo. No desdeñaron la niñez (tenía entonces Juana Inés no más de diez y siete años) de la, no combatiente, sino examinada, tan señalados hombres, que eran discretos; ni aun le esquivaran descortesés la científica lid por mujer, que eran españoles. Concurrieron, pues, el día señalado, a certamen de tan curiosa admiración, y atestigua el Señor Marqués que no cabe en humano juicio creer lo que vió, pues dice “que a la manera que un galeón real (traslado las palabras de Su Excelencia) se defendería de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, que cada uno en su clase, le propusieron”... De tanto triunfo quedó Juana Inés (así me lo escribió, preguntada) con poca satisfacción de sí.

“Entre las lisonjas de esta no popular aura vivía esta discretísima mujer, cuando quiso que viessen todos el

entendimiento que habían oído... Desde esta edad tan floreciente se dedicó a servir a Dios, en una clausura religiosa, sin haber jamás amagado su pensamiento a dar oídos a las licencias del matrimonio: quizás persuadida del secreto la Americana Fénix a que era imposible este lazo en quien no podía hallar par en el mundo”.

Creo que Juana Inés no entró al claustro propiamente por motivos religiosos; no quiero decir que entró al claustro sin fe, cosa inconcebible en el México colonial del siglo XVII, sino que no entró en él por vocación claustral: su motivo esencial fue el deseo de tranquilidad y de estudio.

“Entréme religiosa, —dice en la “Carta a Sor Filotea”,—, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accessorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad, que deseaba, de mi salvación: a cuyo primer respecto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertenencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sossegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que, alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino, y tomé el estado que tan indignamente tengo”.

A quien tiene vocación de monja, como Santa Teresa, no se le ocurriría pensar en los estorbos de la vida en comunidad: Sor Juana, en realidad, habría querido vivir sola entregada al estudio, lejos de las vanidades y estériles inquietudes del siglo; y entre dos posibilidades, el claustro y el matrimonio, le pareció menos estorbo —aun siéndolo— el claustro.

“Pensé yo que huía de mí misma,— agrega,— pero, miserable de mí, tráxeme a mí conmigo, y traxe mi mayor enemigo en esta inclinación que no sé determinar si por prenda o castigo me dió el cielo...

“Volví (mal dixé, pues nunca cessé), proseguí, digo, a la

estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer; de estudiar, y más estudiar sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro: pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa, por amor de las letras; si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado ¡cuánto hubiera merecido! ” La confesión es definitiva: su verdadera religión era el estudio. Luego dice: “Bien que yo procuraba elevarlo (el trabajo) cuanto podía y dirigirlo a su servicio (al de Dios), porque el fin a que aspiraba era a estudiar teología, pareciéndome menguada habilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los Divinos Misterios, y que siendo monja, y no seglar, debía por el estado eclesiástico professar letras, y más siendo hija de un San Jerónimo, y de una Santa Paula, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija”.

Le parecía preciso, para llegar “a la cumbre de la Sagrada Teología... subir por los escalones de las Ciencias y Artes Humanas; porque ¿cómo entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aún no sabe el de las ancillas? ”

Para darnos cuenta de su carácter, veamos lo que dice sobre su manera de estudiar, y cómo a veces tenía que sufrir estorbos en sus estudios: “Yo de mí puedo asegurar que lo que no entiendo en un autor de una facultad, lo suelo entender en otro de otra que parece muy distante... No es disculpa, ni por tal la doy, el haber estudiado diversas cosas, pues éstas antes se ayudan; sino que el no haber aprovechado ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no culpa de la variedad: lo que, sí, pudiera ser descargo mío es el sumo trabajo, no sólo de carecer de maestros, sino de condiscípulos con quienes conferir y exercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible; y en vez de explicación y ejercicio, muchos estorbos, no sólo los de mis religiosas obligaciones (que éstas ya se sabe cuán útil y provechosamente gastan el tiempo), sino aquellas cosas accessorias de la comunidad, como estar yo leyendo, y

antojarseles en la celda vecina tocar y cantar: estar yo estudiando, y pelear dos criadas, y venirme a constituir juez de su pendencia; estar yo escribiendo, y venir una amiga a visitarme, haziéndome muy mala obra con muy buena voluntad: donde es preciso, no sólo admitir el embarazo, pero quedar agradecida del perjuicio; y esto es continuamente, porque como los ratos que dedico a mi estudio son los que sobran de lo regular de la comunidad, ellos mismos les sobran a las otras para venirme a estorbar; y sólo saben cuánta verdad es ésta los que tienen experiencia de vida común, donde sólo la fuerza de la vocación puede hacer que mi natural esté gustoso, y el mucho amor que hay entre mí y mis amadas hermanas, que como el amor es unión, no hay para él extremos distantes”.

Luego narra las dificultades que tuvo y las críticas que recibió: “Entre las flores de estas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar; y los que más sensibles y nocivos para mí han sido no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido; sino los que amándome y deseando mi bien (y por ventura, mereciendo mucho de Dios por la buena intención) me han mortificado y atormentado más que los otros con aquel “no conviene a la santa ignorancia que deben este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza.” ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de martyrio, donde yo era el mártir y me era el verdugo! Pues por la (en mí dos veces infeliz) habilidad de hacer versos, aunque fuessen sagrados ¿qué pesadumbres no me ha dado?

“Han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio. Una vez lo consiguieron con una prelada muy santa y muy cándida, que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase; yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer; porque, aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de

letras, y de libro toda esta máquina universal. Nada veía sin reflexa, nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales; porque, como no hay criatura, por baxa que sea, en que no se conozca el "me fecit Deus," no hay alguna que no pame el entendimiento si se considera como se debe. Assí yo (vuelvo a dezir) las miraba y admiraba todas; de tal manera, que de las mismas personas con quienes hablaba, y de lo que me dezían, me estaban resaltando mil consideraciones: ¿de dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie? ¿cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban? Si veía una figura, estaba combinando la proporción de sus líneas, y mediándola con el entendimiento, y reduciéndola a otras diferentes. Passeábame algunas veces en el testero de un dormitorio nuestro (que es una pieza muy capaz) y estaba observando que, siendo las líneas de sus dos lados paralelas, y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra, y que su techo estaba más baxo en lo distante que en lo próximo; de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal. Y discurría si era ésta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no.

"Este modo de reparos en todo me sucedía y sucede siempre, sin tener yo arbitrio en ello, que antes me suelo enfadar, porque me cansa la cabeça; y yo creía que a todos sucedía esto mismo, y el hacer versos, hasta que la experiencia me ha demostrado lo contrario: y es de tal manera esta naturaleza o costumbre, que nada veo sin segunda consideración. Estaban en mi presencia dos niñas jugando con un trompo, y apenas yo vi el movimiento y la figura, cuando empecé, con ésta mi locura, a considerar el fácil motu de la forma esférica, y cómo duraba el impulso, ya impresso e independiente de su causa, pues distante de la mano de la niña, que era la causa motiva, bailaba el trompillo, y, no contenta con esto, hice traer harina y cernerla, para que, en bailando el trompo encima, se conociese si eran círculos perfectos o no los que describía con su movimiento; y hallé que no eran sino unas

líneas espirales, que iban perdiendo lo circular cuando se iba remitiendo el impulso.

“Pues ¿qué os pudiera contar, señora, de los acontecimientos naturales que he descubierto estando guisando? Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o azeite; y, por contrario, se despedaza en el almíbar; veo que, para que el azúcar se conserve flúida, basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria... Pero, señora ¿qué podemos saber las mujeres, sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupercio Leonardo que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo dezir, viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito”.

Sor Juana, durante su vida en el convento, estuvo en gran comunicación con el mundo: precisamente, el claustro estaba lejos de ser sitio de reclusión tan estrecho como hoy parece; si consideramos que en el siglo XVII una mujer tenía muy poco movimiento, cualquiera que fuese su estado, el convento no le resultaba más estrecho que la casa: el locutorio podía convertirse hasta en reunión frecuente y numerosa; y el locutorio del convento de San Jerónimo en México era concurrido por toda clase de personajes eminentes, deseosos de conversar con Sor Juana. “En las visitas a la red —dice el P. Calleja— había menester gastar más paciencia, porque más tiempo, como los personajes que frecuentaban su conversación no acertaban a dexarla luego, ni les podía perder el respeto con excusarse. Sólo para responder a las cartas que, en versos y en prosa, de las dos Españas recibía, aun dictados al oído los pensamientos tuviera el amanuense más despejado bien en que trabajar. No se rendían a tanto peso los hombros de esta robustísima alma; siempre estudiaba y siempre componía, uno y otro tan bien como si fuera poco y despacio”. En medio de todo esto, es evidente que Sor Juana fue siempre modesta, y nada preocupada de sus éxitos, que le venían sin buscarlos.

Hay otro hecho curioso, que ha demostrado recientemente la señorita Schons, y es la capacidad administrativa de Sor Juana; creo que la señorita Schons exagera al llamarla “astuta

mujer de negocios” (puesto que una monja no estaba en situación de hacerlos); pero, a lo que parece, se le hacía gran número de regalos, y con ellos logró constituir una renta.

Es fama que llegó a tener gran número de libros, hasta cuatro mil, —porque se los enviaban los autores,— dice Calleja— “como a la Fee de Erratas” (como si hoy dijéramos el depósito legal).

Se consagró siempre a la caridad; a los cuarenta y un años, sobrevino en ella un cambio grande y definitivo: sintió por fin una devoción religiosa intensa y abandonó todos los estudios profanos; vendió sus libros, para dedicar el producto de ellos a la caridad, repartiéndolo entre los pobres, y sólo conservó tres libros de rezo. Se consagró a la oración y hasta llegó a mortificarse el cuerpo.

No sabemos, o no sabíamos bien hasta hace poco, cuál pudo haber sido la principal influencia de esta conversión, llamémosla así; —pero ahora, con los datos publicados por la señorita Schons, cabe suponer que influyó mucho en ella el arzobispo cuyo delirio caritativo la contagió y la hizo desprenderse de todos los bienes que poseía.

Esta crisis sirvió providencialmente para prepararla a bien morir, porque, antes de que se completaran dos años de la transformación que se operó en su espíritu, murió Sor Juana: había a la sazón en México una epidemia larga y terrible, que duró mucho tiempo; durante ella, aquel arzobispo hizo multitud de obras de caridad; entretanto, Sor Juana se dedicaba a atender a sus hermanas, como enfermera: en su cuerpo debilitado hizo presa fácil la enfermedad, y murió cuando aún no había cumplido los cuarenta y cuatro años.